

nados por los académicos, de orden del Excelentísimo señor Vicente Rocafuerte . . .” ¡Glorioso centenario!

.....
 Agrega que en 1841 la Academia de Bellas Letras de Francia dedicó otra inscripción para que fuese grabada sobre la misma pirámide. Y en seguida copia dicha inscripción latina.

ARTICULO XII

Fueron esos años aciagos para el país, por calamidades de todo género que lo afligieron. Apenas terminada la guerra con los ingleses, vinieron nuevos anuncios de prepararse otra expedición en Inglaterra para vengar la pasada humillación. Así, que, el Gobierno de Santafé hubo de tomar activas providencias y hacer grandes preparativos para mandar fuerzas y recursos a Cartagena, lo cual, además del alarma que siempre trae consigo la expectativa de una guerra, exige sacrificios de dinero, hombres, caballerías, armas, víveres y otros menesteres, y el pueblo en general es el que sufre tan pesadas cargas.

Fuera de esto hubo grandes temblores de tierra, uno de los cuales arruinó casi totalmente a Popayán y otras poblaciones. Un formidable incendio redujo a cenizas a Panamá, y, en fin, un largo verano asoló casi todo el país, hasta hacerse sentir el hambre en los pueblos del interior, por lo cual, para aliviar las grandes necesidades que padecía la clase pobre, se prohibió el alza de los precios de los víveres, y se dictaron otras providencias.

Este cuadro se completó en Santafé con una horrible tempestad que se descargó sobre la ciudad, y sus alrededores, la cual hizo grandes daños. El granizo, de tamaño extraordinario, destruyó varias sementeras y dañó muchas casas; los ríos y arroyos salieron de madre e inundaron la ciudad y los campos, ahogándose varias personas y dañándose varios puentes. El riachuelo de San Agustín, que al presente, invadió la plazuela del mismo nombre, y penetró hasta la recién consagrada iglesia. Finalmente, cayeron muchos rayos en la ciudad, que hicieron daños y mataron algunas personas, entre ella un religioso y un novicio del convento de Agustinos Descalzos, cuya comunidad había bajado a la iglesia para implorar misericordia. Un rayo cayó en medio de ella, y, fuera de aquéllos, maltrató a otros religiosos. Contaban los viejos —pues esta noticia se tiene por antigua tradición— que pasaron de quince las víctimas de aquella funesta calamidad en sólo el recinto de la ciudad fuera de las que perecieron en los campos por causa de las inundaciones.

Una de las ventajas que ha tenido siempre esta nuestra querida ciudad es que las grandes tempestades han sido raras en ella; pero de algún tiempo a esta parte se ha notado que son más frecuentes. Esto mismo se ha observado en otros países, así como el gran número de sacudimientos terrestres en todo el mundo en los últimos años. Los sabios dirán la causa o causas de estos fenómenos; yo me contento con preguntar si el abuso que se está haciendo de la electricidad para todo, no tendrá alguna parte en ellos. Este fluido está sabiamente distribuído en ciertas proporcio-

nes en la atmósfera y en la tierra, y cualquier desequilibrio en esa proporción pudiera ocasionar algún trastorno. Nadie ignora que los fenómenos eléctricos están íntimamente relacionados con los fenómenos volcánicos. Cuando el alumbrado por medio de la luz eléctrica y otras aplicaciones de este fluido poderoso se hayan generalizado en todo el globo, ¿no habrá temor de influencias funestas en la atmósfera y en el interior de la tierra, receptáculo general del mismo? Yo no establezco una tesis: no hago más que preguntar, en uso del derecho que todos tenemos de interrogar a los sabios.

Hablando un día de esto, me había hecho usted una observación muy juiciosa, y que por pronto me dejó suspenso: —Creo yo, me decía usted, que es tan pequeña la cantidad de electricidad que se extrae de la atmósfera, que no podrá producir esos efectos desastrosos. Pero, mi señora, andando los tiempos, cuando este fluido se aplique para todo en el universo mundo; cuando lleguemos al punto de que basta tocar el pequeño resorte de una máquina para que ésta haga la comida, nos la traiga de la cocina, nos la sirva y nos abra la boca para comerla; cuando al tocar otro botón nos hallemos repentinamente vestidos al salir de la cama, o podamos escribir diez cartas en un minuto, sin mover la mano, y sin más amanuense que un alambrito de cobre que trasladará nuestros pensamientos al papel; entonces veremos la anarquía, el desconcierto, el desbarajuste de todos los elementos, y quién sabe cuántos trastornos en la naturaleza...

Insignificante llama usted la cantidad de elec-

tricidad que se la saca a la atmósfera. Si se tratase de extraerle el oxígeno, por ejemplo, comprendo que, comparativamente, podría ser insignificante, y sin notables resultados; pero una sola chispa eléctrica puede producirlos desastrosos, así como los produce una cantidad pequeñísima de dinamita o de nitroglicerina. Así no admito la comparación con el oxígeno, y creo que el trasiego constante que actualmente se efectúa al través de los mares y los continentes, y las infinitas aplicaciones que se están haciendo de aquel fluido, pueden, a la larga, traer un desequilibrio funesto. Recuerde usted lo que nos decían antes a los muchachos: —!No hay que jugar con candela! A Franklin le iba costando la vida una ligera experiencia. Hemos visto caer muchos rayos en los aparatos telefónicos y en los telégrafos, y los fenómenos que suelen coincidir con las tempestades, erupciones volcánicas y auroras boreales, no son más que anuncios de lo que pueda suceder más tarde. En fin, doctores tiene la ciencia que sabrían dar razón de esto mejor que un profano.

ARTICULO XIII

¿No quiere usted que hablemos de cosas que afectan sus nervios? ¡Sea en horabuena! ¿Le interesaría a usted que hablásemos de moneda...? Veo en su cara que va a decirme: —Me gustan las monedas; pero, ni entiendo ni quiero enten-